

# Comunicación y política en la era digital

Leonardo Curzio

El Encuentro Internacional de Periodismo, celebrado en el venerable recinto de Tlatelolco los pasados 10 y 11 de septiembre, tuvo como primer objetivo abrir las celebraciones del centenario de *El Universal*. Ese fue el marco para convocar a un muy saludable debate sobre la problemática que hoy viven los medios de comunicación e identificar los retos que la nueva realidad y el cambio tecnológico nos van imponiendo a todos. El encuentro convocó a exponentes de diferentes generaciones, lo cual permitió obtener frutos en dos campos fundamentales. El primero, recordar que algunos dilemas no son tan nuevos como creemos (Ignacio Solares aludía al dilema de la carta y el telegrama) y que ese presentismo de las jóvenes generaciones que tiende a ubicar el presente como algo inédito y desconcertante no está siempre bien fundamentado. Aprender de la historia y de la experiencia es elemental para no convertirnos en los Monsieur Jourdain del debate periodístico contemporáneo. Además, nos permitió constatar que no existe correlación entre la edad y las inercias. Preclaros personajes, con una impresionante carrera a sus espaldas, demostraron que en eso de la modernidad y los retos, su capacidad de entender y problematizar se mueve tan rápido como los modernos *geeks*.

La problemática que atañe a los medios en este siglo XXI se discutió desde diferentes disciplinas y experiencias profesionales. Se pudo escuchar y ver desde el periodista químicamente puro hasta el intelectual que rara vez ha visto una redacción, en una enriquecedora charla. Esta combinación de perspectivas y vivencias le dio profundidad a la conversación. La convocatoria conjunta de *El Universal*, la UNAM y The Aspen Institute se hizo

bajo premisas que no son habituales en el debate de los medios, que, por protagonismo o simple descuido, tienden a darse de forma fragmentaria. En esta oportunidad la convocatoria fue incluyente, pues no se centró en los colaboradores de la propia casa organizadora, sino que se amplió a plumas distinguidas de otros medios de comunicación. Articulistas como Federico Reyes Heróles, Juan Villoro o la misma Elena Poniatowska, por hablar solamente de los mexicanos, celebraron la disposición a interactuar e incorporar sus puntos de vista. Fue también una convocatoria plural, ya que diferentes sensibilidades políticas y cosmovisiones discutieron con comodidad en Tlatelolco y, finalmente, lo más notable e innovador en un país poco acostumbrado a dialogar, fue una irrefutable voluntad de escuchar. Ratifico aquello que hace algunos años apuntaba Michel Crozier en el sentido de que la crisis de la inteligencia tiene como origen el bloqueo del aparato auditivo. Cuando te niegas a escuchar a los demás, partes de dos supuestos que inhiben el despliegue de la razón pública. El primero es la delirante creencia de que la verdad la posee uno y su complemento (y consecuencia) es que los demás no tienen nada relevante que aportar. Parece una obviedad, pero no lo es. Es un aporte cualitativo a la forma en que discutimos en México y abre fructíferas perspectivas para nuevos encuentros que profundicen en alguno de los capítulos temáticos abordados en este encuentro. No faltaron algunas interminables filípicas en primera persona del singular, pero el ánimo de todas las mesas fue escuchar con atención y con genuino ánimo de aprender. De todas las mesas y su deslumbrante temática he aislado algunos asuntos que me parecen centrales y que



profesión, tiene que expresarse por todas las vías que la revolución tecnológica ofrezca y en muchos sentidos deberá generar notas que se adapten a los nuevos soportes, pero la esencia de su labor permanece inalterada: generar contenidos útiles para hacer válido y vigente el derecho constitucional a la información. El periodismo tiene todavía muchas páginas que escribir como “espía ciudadano” que denuncie la concentración indebida de poder y haga públicas las componendas corruptas de los grupos de poder económico y político. En América Latina es particularmente importante la denuncia del funesto vínculo entre crimen organizado y clase política.

La vitalidad del periodismo profesional no está pues en duda y está claro que convivirá por muchos años con el creciente “periodismo ciudadano” que facilitan la tecnología y las redes sociales, pero lo que no está tan claro es la viabilidad económica de los proyectos periodísticos que cultiven el trabajo independiente y de calidad. El dilema que plantea la revolución digital y la expansión de Internet es que los periódicos hoy tienen más lectores que nunca, pero paradójicamente tienen menos ingresos para retribuir decorosamente a los profesionales que empeñan su tiempo en realizar investigación relevante. Y eso no es un tema menor. La crisis que viven algunas de las casas editoriales más importantes del planeta no se puede pasar por alto. En consecuencia, es prioritario para los trabajadores y dueños de los medios, en primera instancia, pensar en un modelo de negocios que garantice ahora y en el futuro cercano la posibilidad de mantener la independencia editorial. En una segunda instancia, todavía sin contornos definidos, este es un problema de los derechos de las audiencias o de los públicos lectores: tener información de calidad. En el modelo clásico los lectores sufragaban conscientemente a su periódico al pagar el importe del ejemplar o la suscripción. En estos tiempos, apostar por cobrar por los contenidos en Internet no es una opción ganadora, pero la pregunta de fondo permanece. ¿Cómo puede sufragarse una propuesta periodística independiente sin lectores (o anunciantes) que la fondeen y le den viabilidad?

El dilema no ha sido resuelto ni en México ni en otras partes del mundo, y en la exploración de alternativas se corre el riesgo de perder audiencias o peor aun perder el sentido original de nuestro trabajo. El primero de los riesgos es optar por el camino simplón de apostar por reconvertirnos a la industria del entretenimiento y desarrollar conceptos, como el “infoentretenimiento”, que puedan ser fácilmente comercializables. El deslizamiento no es inocuo. Por la vía de la trivialización se va perdiendo la esencia de lo que antaño se llamaba la “prensa seria”. De esta manera, las noticias o los reportajes de fondo dan paso a la llamada información de “color”, anecdótica y efímera. El fotoperiodismo de fondo, pieza fundamental para las portadas de los diarios y las pági-

nas web, cede espacio para la estereotipada fotografía de la modelo casi desnuda que hoy es asidua en muchos diarios. Apostar a la insostenible levedad del ser hará más espectacular la portada o la página, pero en el mediano plazo vaciará de contenido a los cabezales de diarios que caigan en esa tentación, como ha ocurrido ya con muchos semanarios que sucumbieron a la tentación de la espectacularidad y descuidaron sus aportaciones de fondo. Pan para lo inmediato y hambre para el futuro.

Otro dilema de gran calado es la apuesta por un periodismo no de tendencia (que es lo tradicional y esperable en los grandes diarios y proyectos periodísticos) sino de justificación de un proyecto político. Como ocurre con la propuesta de Fox News, el esquema de negocio no es informar con un principio de equilibrio y objetividad sobre lo que ocurre en Estados Unidos y el mundo, sino corroborar los prejuicios que un grupo determinado de la sociedad tiene. En otras palabras, garantizar a un público predispuesto un flujo constante de contenidos que confirmen por todas las vías sus concepciones. Si están convencidos de que Barack Obama es un comunista, no importa lo lejana que esa creencia pueda estar de la realidad, el medio ofrece contenidos distorsionados y portavoces que lo sostienen y que reafirman lo que se quiere oír. Una práctica, en suma, que envilece el periodismo, empobrece la deliberación pública y radicaliza a sectores de la opinión pública. Optar por ese periodismo de “conformidad acústica”, es decir: “sólo oigo aquello que reafirma mis creencias”, es como inocular un veneno de efecto retardado a la cultura del pluralismo.

Para terminar, una palabra sobre la responsabilidad de los medios en la confección de la agenda pública y el fortalecimiento de la democracia. Sin medios independientes y vigorosos las democracias están en riesgo. Y no sólo por su carácter equilibrador en términos de la denuncia de abusos, fiscalizador del buen uso de los recursos públicos y gran cancerbero de las libertades. Los medios cumplen una función central en la organización del debate público. A pesar del creciente protagonismo de las redes sociales y el periodismo ciudadano, los medios tradicionales conservan una enorme capacidad de hacer (o no hacer) públicos ciertos temas. Tienen también una enorme fuerza (o liderazgo) para definir las opciones de política que tiene una comunidad en un momento determinado y no es cosa menor. Los medios siguen siendo un espacio fundamental para ordenar y dar profundidad al debate público y en consecuencia son un pilar del sistema democrático. El deterioro de la confianza ciudadana en las instituciones también se refleja en los medios y por ello es prioritario que asuman como tarea impostergable, con rigor y profesionalismo, el ejercicio de su libertad e independencia, porque en el siglo XXI, como en el XIX, la libertad de pensamiento y expresión es la madre de todas las libertades. **U**